

vejez enferma los excesos y desarreglos de una juventud desahogada y libertina: *Quem ergo fructum habuistis?* ¿Qué utilidad habeis sacado de faltar á la fidelidad de vuestras consortes, haciéndoos esclavos de unas pasiones infames? Ninguna otra mas que los remordimientos de una conciencia justamente asustada: ninguna otra mas que la enemistad de Dios: ninguna otra mas que la ceguedad del entendimiento y la obstinacion del corazon; las que destruyendo poco á poco los fundamentos de la religion, llevan vuestra alma en brazos de una funestísima paz á la final impenitencia: *¿Quem ergo fructum habuistis?* Aprended por tanto, católicos, de Lucía á vencer vuestras pasiones con la oracion y penitencia cristiana, si quereis ser coronados como ella del padre de las misericordias con la laureola de vírgenes, que Dios tiene reservada para los que mantengan como Lucía sin mancha su castidad; y pasemos á explicar cómo acomete y vence al mundo, segundo enemigo de nuestras almas.

El evangelista san Juan lleno de la gracia del Espíritu santo dirige á todos los fieles estas palabras (1): no querais, carísimos, amar al mundo ni sus cosas: sabed que la caridad y amor de Dios no se hallarán en un corazon que ama al mundo. Porque todo lo que en él se encuentra no es mas que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Salid del medio del mundo, dice la divina Escritura, porque es falaz, falso y engañoso: ofrece lo que no puede dar, aparenta la solidez que no tiene, y se esfuerza para presentarse adornado de las virtudes y verdaderas grandezas de que carece. Persuádome, cristianos míos, á que entendeis que no hablo de este mundo material, que es obra de las manos del Omnipotente. No hablo de los cielos y la tierra que crió el Señor, y que son, como lo dice el mismo Dios, una cosa perfectamente buena: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valdè bona* (2). Os hablo sí, de aquel mundo que renunciamos en el sagrado Bautismo, *abrenuntio mundo*: de aquel mundo contra quien Dios fulminó sus anatemas, *ve mundo*: de aquel mundo por quien Dios no oró, y ni aún le quiso conocer, *pro eis rogo; non pro mundo* (3). Aquella engañada tropa de gente que no tiene otras máximas que el placer, otros designios que el interes, otras

(1) I. Joan. c. 2. v. 13. (2) Gen. c. 1. v. 31. (3) Joan. c. 17. v. 9.

ocupaciones que la disolucion: aquellos infelices que hallan en los honores que buscan fatigas que molestan, en las riquezas que solicitan espinas que punzan, en los empleos á que anhelan cargas que abruman, y en los deleites á que se entregan inquietudes y penalidades que atormentan. Este mundo pues enmascarado y cubierto con la capa del esplendor, de la grandeza y del placer, se le presentó á santa Lucía en una edad expuesta á dejarse seducir. Pero el cielo que la habia dado á conocer estas apariencias engañosas del mundo, la ilustró de suerte que llegó no solo á dejarle, sino tambien á pisarle, despreciarle y aborrecerle. Así lo dice nuestra madre la iglesia en el oficio de esta santa: *Odisti quæ in mundo sunt, et coruscas cum angelis.*

Y efectivamente, apénas alcanzó por la intercesion de santa Águeda la salud para su madre, como poco há dijimos, cuando hablándola con humildad y entereza la dijo de esta manera: madre mia, ya estás sana de la penosa enfermedad que padecias: demos gracias á Dios por tan singular beneficio; pero por el mismo Señor te pido que me concedas una súplica. ¿Y cuál es, hija mia Lucía? Que me des y entregues, respondió la santa, la grande dote que me pertenece; porque toda quiero cederla á mi esposo Jesucristo, repartiéndola entre los pobres. Asombrada quedó la madre al oír la fervorosa resolucion de su buena hija; pero pareciéndola exceso repartir á los pobres cuanto tenía en el mundo, la replicó: hija mia, grande es tu patrimonio: convengo en que des á los pobres una parte; pero reserva la otra para no exponernos á pedir una limosna. Nada ménos, replicó Lucía con un valor heróico: desprendámonos de un golpe de todos los bienes de la tierra, y de cuantas riquezas y gustos nos presenta el mundo; así, viviendo crucificadas al mundo, y él á nosotras, nos haremos dignas de la herencia de los cielos.

Hágase como deseas, dijo la madre; y empezaron á vender las grandes posesiones de la casa: se deshacian de sus bajillas, reducian á dinero las ricas joyas, las exquisitas galas y preciosos muebles, y apénas entraba en sus manos el dinero cuando luego lo depositaban en las manos de los pobres. ¿Que no pueda yo, señores, manifestaros con toda viveza á nuestra incomparable Lucía entrando en las casas de los enfermos, consolándolos en sus dolores y socorriéndolos en sus necesidades! ¿Quién pudiera haceros ver á una doncella tan noble y tan hermosa,

visitando las casas de los pobrecillos, animándolos en sus miserias, y asistiéndolos largamente con sus limosnas! ¡Qué espectáculo tan agradable á Dios, á los ángeles y á los hombres verla ocupada incesantemente en obras de piedad y misericordia, atendiendo con una incansable caridad á la salud del enfermo, al socorro del pobre y á la redención del cautivo! Pero ya que nuestra insuficiencia nos obligue á pasar en silencio tan heroicas obras en que se ocupó tres años, preguntémosla á lo ménos ¿cómo no repara en qué dirá el mundo, al ver una señora de tan sobresalientes prendas rodeada de mendigos y necesitados? Oid su respuesta, y confundíos: el que se avergonzare de practicar la doctrina del Evangelio, y de ejercitarse en obras de misericordia, no será á propósito para poseer el reino de Dios. ¿Pero no conoces, vírgen pura, que puede peligrar tu vida tratando tan de cerca á los enfermos? Ah! responde nuestra santa: el que perdiere la vida por la caridad de Jesucristo, esté seguro de que la encontrará en la eterna felicidad. ¿No consideras que con esa prodigalidad malgastas tu patrimonio, y te haces poco á propósito para las grandezas del siglo? Todo el mundo le reputo como estiércol por ganar á mi esposo Jesucristo. ¿No veis, católicos, como Lucía con estos oráculos evangélicos acomete, destruye y aniquila todas las fuerzas del mundo? El mundo y sus riquezas es vencido con su voluntaria pobreza: el mundo y sus diversiones, con su vida austera y penitente; y el mundo y sus máximas, con su desestimacion y su desprecio: *Odisti quæ in mundo sunt, et coruscas cum angelis.*

¡Válgame Dios, cristianos míos, qué confusion para nosotros, que tenemos el mismo enemigo á quien vencer, el mismo Dios á quien servir, y la misma corona que alcanzar! Y sin embargo observamos una conducta casi enteramente opuesta á la de nuestra santa Lucía, que se desprende voluntariamente de sus mismos bienes; y nosotros pretendiendo con ansia los ajenos, y no para emplearlos en la colocacion de la familia y en el moderado aumento de la hacienda, sino aumentando el daño de la pésima distribucion al mal de la inicua adquisicion, para arruinarnos y arruinar á nuestros prójimos con odios, pendenacias, pleitos y enemistades. Lucía atropellando por el qué dirá el mundo, y nosotros lastimosamente sujetos á los respetos humanos: Lucía rebatiendo las máximas del mundo con las verdades del Evangelio, y nosotros pretendiendo acomodar el

Evangelio á los caprichos del mundo: Lucía confesando con obras y palabras la moral de Jesucristo, y nosotros deshonrándola con las palabras y las obras. Ah, señores! No esperemos, si no mudamos de conducta, que la sabiduría eterna nos corone como á Lucía con la inmortal corona debida á los confesores de su doctrina y de las palabras de su Evangelio. Pasemos ya á examinar la tercera y última batalla contra el último enemigo, que es el demonio.

Desde nuestros primeros años sabemos que es el demonio nuestro irreconciliable enemigo. Él anda, como dice el apóstol san Pedro, rodeándonos noche y dia, y dando bramidos como leon rugiente, por si puede conseguir el devorarnos. A todos acomete, á todos tienta y persigue. No hay estado, ni clase de personas que se halle exenta de sus formidables acometimientos. Tristemente experimentamos esta verdad los que vivimos en los mas estrechos claustros, y los que pasean las plazas mas públicas del siglo. Por esto el grande apóstol san Pablo, escribiendo á los de Éfeso, les decia (1): sabed, hijos míos, que no peleamos contra otros hombres compuestos de sangre y carne, como los de nuestra frágil y humana naturaleza. Nuestra batalla es contra los poderosos príncipes de las tinieblas, que habiendo sido arrojados del cielo por su soberbia, quedaron convertidos en feísimos demonios, pero con tanta fuerza y poder, que no hay potestad sobre la tierra, como decia el santo Job, que se le pueda comparar (2). Este formidable enemigo de nuestras almas, unas veces por sí mismo, y otras por sus ministros y siervos (que en sentir de los santos Padres son los infieles, los herejes, los cismáticos, y cuantos viven en pecado mortal) nos prepara ocasiones para perdersnos, lazos para encadenarnos, y tropiezos para herirnos; y aunque algunos amparados de lo alto le venzan, como Lucía, en sus aliados el mundo y las pasiones, todavía insiste por otros medios en procurar nuestra ruina.

Con efecto, viendo un jóven ilustre, aunque pagano, á quien por sus prendas sobresalientes la madre de Lucía habia ofrecido á su hija por esposa: viendo, digo, distribuída en tre los pobres aquella hacienda que él pensaba poseer casándose con Lucía, irritado por el demonio acusó á la santa ante el presidente Pas-

(1) *Ad Ephes. c. 6. v. 12.* (2) *Job. c. 41. v. 24.*

caso, de que por ser cristiana habia destruído su patrimonio. No fué menester mas para que el prefecto la mandase prender inmediatamente. No es decible, amados míos, el gozo de nuestra santa cuando se vió presa por Jesucristo, y en vísperas de ser mártir. Compareció delante del juez con un aire de paz, de majestad y hermosura, que encantaba á cuantos ponian en ella los ojos. No omitió el tirano medio alguno de apartarla del cristianismo. Halagos, dulzuras, promesas, caricias, regalos, amenazas, ceños, iras, reprensiones, de todo se valió para ganar á Lucía; y por último la dijo con voz arrogante y fiera: hoy mismo sin detencion alguna has de ofre cer incienso á nuestros inmortales dioses. ¿Cómo llamas dioses inmortales, respondió la santa, á unos ídolos que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, piés y no andan, manos pero incapaces de moverse para su socorro y defensa de los demas? ¿Cómo llamas dioses las hechuras de unos hombres que nos representan otros hombres, que solo fueron famosos por su ambicion, por su soberbia y por otros vicios mas vergonzosos é infames? ¿Cómo llamas dioses inmortales las muertas representaciones y figuras de los astros, de los animales y de los mas viles insectos de la tierra? Llama tú Dios al que yo adoro, porque él solo es, y merecerlo por su infinito poder, por su eterna sabiduría, por su inefable bondad, por su santidad inmensa. Él es quien crió los cielos y la tierra para nuestro remedio, quien murió en una cruz por redimirnos de la cautividad del pecado, quien fundó una religion pura y santa como es el cristianismo, en la que yo vivo, y en la que tú y todos los hombres debeis vivir, sopena de eterna condenacion.

Muy habladora estás, Lucía, la dijo entónces el prefecto: cesarán las palabras y empezarán las obras con los tormentos: *Cessabunt verba, cum ventum fuerit ad verbera*. No podrán cesar, replicó santa Lucía con una fortaleza incontrastable: Jesucristo me enseña en su Evangelio, que cuando nos hallemos en presencia de los reyes y sus ministros para dar razon de nuestra fe, el divino Espíritu nos sugerirá lo que debemos hablar, aunque nosotros no lo hayamos premeditado anteriormente. ¿Luego en ti está el Espíritu santo? dijo el juez. Verdad es lo que dices, respondió Lucía, todos los que viven santa y castamente son templo del Espíritu santo. Pues yo te mandaré llevar á la casa de las mujeres prostitutas, para que siendo violada tu

castidad huya de ti el Espíritu santo. ¡Asombraos, cielos, y desquiciaos, puertas eternas, al oír tan bárbara, tan impía y sacrilega determinacion! Solo el demonio parece que pudo sugerirle una resolucion tan inicua y vergonzosa. Llegan dos ministros para ejecutarla, y asiendo de Lucía no pueden moverla. Lllaman á otros verdugos, únense á los primeros, tiran todos con la mayor violencia, y Lucía inmóvil como una peña. Ó poder infinito de nuestro Dios! ¿quién no amará tu bondad y temerá tu justicia? Humíllese toda criatura y confúndase á la vista del Omnipotente.

Bramaba el tirano lleno de furor y rabia viéndose vencido de una tierna doncella. Llamábala hechicera y nigromántica, que por arte mágica obraba aquellos prodigios. Manda pues para rendirla traer muchas yuntas de bueyes, y que arranquen á viva fuerza á Lucía del sitio en que la habia fijado el Espíritu santo. Tráenlos efectivamente, y á un tiempo hombres, animales y demonios, tiraban de la santa, pero sin fruto; porque parecia una roca de diamante, ó algun monte de mármol ó de bronce. Qué prodigio, señores! Qué portento! Lucía con un rostro sereno y graciosísimo mirando al cielo, puesta de pié sobre la tierra, y los hombres, los brutos y los espíritus infernales, que agitaban y conmovian los crueles corazones de aquellos bárbaros, postrados y rendidos á sus plantas. ¡Ó lo que puede, católicos, una alma cuando la ampara el Señor! Viendo que no son capaces de moverla, tratan de quemarla, y rodéanla de leña, pez, resina, y otras materias combustibles. Aplican el fuego, levántanse horriblemente las llamas en la circunferencia del santo cuerpo; pero aquel gran Dios, que mantuvo ilesos en el horno de Babilonia á los tres niños hebreos, guardó y conservó á Lucía entre los incendios que la rodeaban. Asómbranse todos viendo amontonarse los prodigios y maravillas: se convierten muchos á la fe predicándoles Lucía desde las llamas; y finalmente, llegándose la hora determinada por Dios para coronar aquella grande alma con la laureola de los mártires, permite su adorable providencia que irritado un verdugo se acerque á la santa, y que con su espada la atravesie la garganta. No murió entónces nuestra incomparable Lucía (por haber pedido á Dios que prolongase su martirio) sino que recogióndola los cristianos, y llevándola á una casa, recibió el divino sacramento, y acabando de comulgar

voló aquella alma dichosa á los alcácares eternos , dejando vencidos y postrados á sus furiosos enemigos.

Lo habeis oído , cristianos ? ¿ Os parece que le falta algo á nuestra imponderable Lucía para ser la mujer fuerte que buscaba Salomon , cuando decia : *Mulierem fortem quis inveniet ?* ¿ No la habeis visto bien claramente acometiendo á tres enemigos , consiguiendo tres victorias y alcanzando tres coronas ? Las pasiones rendidas por su oracion y penitencia , el mundo despreciado con sus máximas , honores y placeres , el demonio vencido con sus astucias y ministros ; y Lucía coronada con la laureola de vírgen , por su límpísima castidad , coronada con la laureola de los confesores por su libertad en confesar la fe y defenderla , y coronada con la laureola de los mártires por haber padecido por Jesucristo el mas ilustre martirio . Y bien , señores , ¿ habrá llegado el feliz momento de mudar de conducta , de enmendar la vida á vista de un ejemplar tan heróico ? ¿ Podréis alegar alguna excusa que os justifique para no imitarle ? Este era aquel poderoso convencimiento á que no hallaba salida el gran padre san Agustín . Veía el santo muchos jóvenes y doncellas que guardaban castidad , y mirándose en su juventud sumergido en la lascivia se decia á sí mismo avergonzado : *Et tu Augustine non poteris quod isti , et iste ?* ¿ Es posible Agustín que no has de poder lo que pueden estos y estas ? Cristianos míos , decíais á vosotros mismos otro tanto : ¿ es posible que Lucía observa castidad , venciendo sus pasiones con la oracion y penitencia ; y que nosotros hemos de hallarnos sumergidos en el desarreglo de las pasiones mas vergonzosas ? *Et tu non poteris quod ista ?* ¿ Es posible que Lucía aborrece al mundo con todas sus vanidades por ganar á Jesucristo , y que nosotros perdemos á Jesucristo por dejarnos arrastrar de las falsas máximas del mundo ? *Et tu non poteris quod ista ?* ¿ Es posible que Lucía triunfa del demonio con una fe intrépida y una constancia firme ; y nosotros nos hemos de ver esclavos viles del demonio por no obrar segun lo que nos dicta nuestra fe ? *Et tu non poteris quod ista ?* ¿ Sí , amados míos , sí podemos : no falta sino que eficazmente queramos : resolvámonos de veras á enmendar la vida , é infaliblemente lo conseguiremos : Dios lo quiere , Dios lo desea , y está aguardando para concedernos su gracia : no menospreciéis esta ocasion , pues podeis con ella conseguir la eterna gloria .

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN LUIS GONZAGA.

(DE TRONCOSO.)

Consummatus in brevi explevit tempora multa ; placita enim erat Deo anima illius : propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum.

En el corto tiempo que vivió , llenó la carrera de una larga vida ; porque su alma era grata á Dios , por eso mismo se apresuró á sacarle de en medio de los malvados.

Sabid. , c. 4. v. 13 y 14.

Amable juventud (*).

Cuando en los negros dias que enlutan el horizonte español contemplamos con dolor profundo la profanacion sacrilega que se hace de una juventud incauta , abandonada por su inexperiencia á todos los efectos que son consiguientes á una educacion en lo general superficial y atea ; cuando vemos á una multitud prodigiosa de jóvenes que , infatuados por las falsas luces de una ciencia homicida que forma el carácter del siglo , desconocen los fundamentos del verdadero saber , la ciencia de la religion , y de aquí , imbuídos en ideas erróneas y disolventes que en sus tiernos corazones han grabado preceptores impíos , pedagogos incrédulos , les oímos ya en sus verdes años balbucir

(*) *Pronunciábase este discurso en un colegio de niños , en la funcion anual que celebró á su angélico protector en la iglesia de siervos de María de Madrid , año de 1843.*